

Dos libros nuevos sobre el Carlismo

«Carlismo y Sociedad 1833-1840», editorial Aportes XIX, Zaragoza, 1987.

«The basque phase of Spain's First Carlist War», Princeton University Press, 1982.

S

OBRE el estudio de la primera guerra carlista ha aparecido recientemente un libro importante debido a dos jóvenes autores, Francisco Asín R. de Esparza y Alfonso Bullón de Mendoza. Este libro, con el anterior de John F. Coverdale son indispensables para el mejor conocimiento de aquella primera contienda civil española.

El Carlismo fue el movimiento contrarrevolucionario más popular y proporcionalmente más extenso de cualquier país del siglo pasado. Es imposible hacer un censo de carlistas, de su ejército, sobre todo por operar en algunas regiones, como La Mancha, Castilla la Vieja, Galicia, como irregulares. La conclusión puede hacerse por razón de las bajas que sufrió el ejército regular, o sea, el liberal. Si éste tuvo 65.000 muertos, se podría suponer que otros tantos tuvo el ejército carlista, o sea, un total de 130.000 muertos, uno por ciento de la población, igual a la mortalidad proporcional de la guerra de 1936 a 1939.

En cuanto a Navarra y las Provincias Vascongadas, aproximadamente uno de cada 8 varones entre la edad de 16 a 30 años se presentó como voluntario durante el primer año de la guerra. No cabe duda, que se trataba de voluntariado, todo lo contrario del ejército cristiano, que era reclutado forzosamente.

Luchando contra todo el aparato del Estado, y contra la intervención extranjera (Legiones británica, francesa y portuguesa), no podía triunfar, sin embargo, la Causa de don Carlos.

Las expediciones, que fueron in-

tentos de romper el cerco, fueron más bien cabalgadas, por ejemplo la clásica, increíble del general Gómez, y la Real, que dirigió con el Rey el general Cabrera, aunque llegó a Madrid tiroteando las tapias del Retiro. No pensaba don Carlos triunfar militarmente, a pesar de que Madrid no tenía apenas defensores, sino meramente ocuparla, por invitación convenida secretamente con la reina regente doña María Cristina, que nunca se materializó.

La obra de Coverdale es una buena y minuciosa reconstrucción de la primera guerra carlista, junto con un análisis de la base social e ideológica del Carlismo. La investigación es sistemática y cuidadosa y el enfoque erudito y sofisticado. Aunque no ha sido aún traducido al español, se me ha dicho que intenta hacer la revista especializada de historia «Aportes XIX».

El libro de Asín y Bullón de Mendoza es una importante reciente aportación para el conocimiento de las bases populares del Carlismo.

La discrepancia entre Coverdale y los jóvenes autores españoles no tiene tanto que ver con el análisis social, sino con la extensión geográfica del apoyo popular a la causa carlista. Coverdale ve a la gran mayoría de los españoles como neutrales en la lucha, y Asín y Bullón ven a la mayoría como cripto-carlistas, o carlistas en potencia. No hay una contradicción sino dos lados diferentes del mismo problema. De hecho la mayoría del pueblo español actuaba como neutral, por estar en la zona dominada por el ejército regular, pero había la posibilidad de luchar a favor de los carlistas, en cuanto surgía la oportunidad. Cuando el general Gómez recorría España, en todas las ciudades se ofrecían voluntarios para unirse a su expedición. Ejemplos en Córdoba o en Santiago de Compostela.

Debe subrayarse la calidad de la dirección militar de Zumalacárregui, a quien podría llamar el Robert E. Lee de España.

Después de la derrota de 1840, el Carlismo influyó hasta cierto punto en el liberalismo conservador, de todo el siglo y siguiente.

Basta recordar a Naváez, Cánovas, Maura.

Contribuyó el Carlismo en el siglo xx a crear una nueva doctrina nacional y nacionalista, siendo antes de la época de Primo de Rivera el único movimiento nacionalista español de importancia.

Durante la segunda república, tuvo que basarse la Comunión en su base y fortaleza de Navarra, y en minorías de otras regiones.

A pesar de la frustración del Carlismo en el proyecto político unificado por Franco, en 1937, la victoria de 1939 fue también en parte la victoria del Carlismo histórico. Las doctrinas políticas más importantes del mismo Franco, y no me refiero a los puntos programáticos de la Falange, se basaban en la doctrina tradicionalista de Víctor Pradera, por ejemplo. La diferencia estaba en el centralismo autoritario. El mismo Franco dijo a su primo Salgado Araujo que para él la doctrina más perfecta era la del Tradicionalismo. Franco, sin embargo, discrepaba con el Carlismo respecto a la estructura del Estado y a muchos aspectos de la política práctica, pero relativamente poco con respecto a doctrina. Lo inadmisibles para Franco sobre todo era la causa dinástica y los príncipes carlistas, sin arraigo en España después de un siglo de liberalismo. Nunca pensó en un candidato carlista.

La doctrina de la Tradición triunfó con él en buena parte: España volvía a ser católica y seguía siéndolo oficialmente hasta después del cambio de la Iglesia misma. El patriotismo fue restaurado como primera virtud nacional y ha habido rey otra vez, aunque muchísimo menos tradicional de lo que pensó Franco.

En este sentido es completamente erróneo pensar en el Carlismo como fuerza meramente derrotada o anulada. Más bien sublimado y eclécticamente sintetizado, la palabra sería «aufgehoben» en "el sentido filosófico histórico hegeliano.

Esta es una perspectiva final que creo que falta, aunque no sea rechazada, en la obra de John F. Coverdale.

Stanley G. Payne

El cuerpo humano. Oriente y Grecia antigua

Pedro Laín Entralgo

Espasa Universidad.

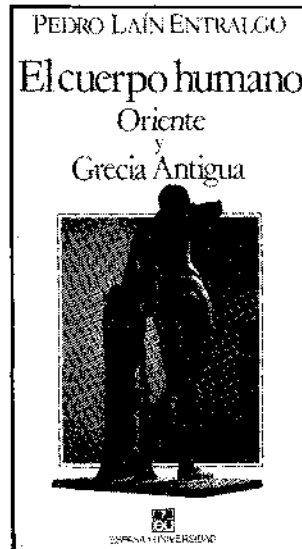
Madrid, 1987.

208 págs. 42 grabados



NTE un libro, el incitado lector habrá de iniciar la ceremonia tratando de entender su sentido y, si es posible, situándole en su contexto. Estas reflexiones pretenden llevar a cabo tal faena con esta reciente obra del profesor Laín Entralgo.

El sentido de una obra. Hace exactamente cuarenta y ocho años, al concluir una de las empresas publicistas más trascendentes y fundamental en su trayectoria intelectual, *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico* (1950), se sintió llamado Laín a proseguir la faena, proyectando una ambiciosa continuación de la empresa que, bajo el sugestivo propósito de la «historia como sistema» que Ortega proponía, permitiese elaborar las vicisitudes de la morfología, de la fisiología, quizá de la terapéutica, en los decenios inmediatos. No pudo ser así; otras publicaciones, los azorantes años de su rectorado, una mayor dedicación a la antropología filosófica, impidieron el proyecto. Pero impedir no significa olvidar. De siempre se ha mantenido en su mente aquella idea. Varios intentos la han hecho aflorar sin buena suerte. Allá por los primeros años 70, el reducido grupo de quienes constituíamos entonces la «prehistoria» casi de los profesionales consagrados al cultivo de la historia de la medicina abordamos la empresa, con mejor voluntad que resultados, favorecidos con una generosa ayuda de la Fundación Wellcome de la Gran Bretaña. Manuscrita quedó la aventura, que supuso más una buena recogida de ma-



terial bibliográfico que una sistemática elaboración de resultados. Y hace tres o cuatro años, de nuevo instó Laín a un par de discípulos para reanudar con él este proyecto. Tampoco se llevó a cabo.

Cuanto antecede significa que este *Cuerpo humano* que ahora ve la luz, no es sino la materialización definitiva de un antiquísimo proyecto. Por supuesto, que bajo perspectivas y condicionamientos diferentes y con una sistematización y una riqueza de horizontes entonces impensables. Algo queda, sin embargo, incommovible y permanente: el entusiasmo del autor, a quien el paso de casi medio siglo no ha hecho sino decantar sus saberes y reflexiones sobre el tema, enriqueciéndolos, y mantener la ilusión por el trabajo.

Volvamos al comienzo de este comentario: el sentido de una obra. Quien unánimemente se decida a iniciar la lectura de estas páginas, habrá de sentir esa extraña vibración de vida permanente, expresión de la propia vida intelectual del autor, desde su madurez primera a su senectud fecunda.

Mas es preciso evitar el equívoco. No se trata en esta ocasión de una publicación conclusa. Quiero decir: aunque autónomo en su contenido, este libro no

agota el proyecto; constituye tan sólo una primera etapa de su desarrollo. A él habrán de seguir otros volúmenes dedicados cronológicamente al saber morfológico desde la Edad Media hasta la actualidad. Nos encontramos, pues, ante el primer movimiento de una sinfonía, por ahora inacabada pero no de lejana conclusión.

Laín Entralgo es, por vocación, más filósofo que médico. Ello ha de condicionar —vengamos así a la situación de su contexto— su producción científica, impregnándola de un matiz antropológico, presente, incluso, en textos en principio tan limitadamente médicos como pueda ser la historia de la anatomía. Abramos otro de sus más recientes libros, la *Antropología médica para clínicos*, de 1984. Nos dice allí que el cuerpo humano es la organización material por obra de la cual el hombre puede vivir, enferma, sana y tiene que morir *humanamente*. Pero para entender cómo el cuerpo humano es aquello por lo que el hombre puede vivir, enfermar y sanar *humanamente*, es preciso tomar como punto de partida la distinción entre la precepción del cuerpo de los demás —actitud objetiva— y la del propio cuerpo —actitud fenomenológica—, indagando metódicamente según cada una de esas dos vías de qué modo hace viviente el cuerpo la realidad humana.

Así se procede ya en este volumen. Como su nombre indica, se consagra, tras una *Introducción general* que explana los conceptos fundamentales de la ciencia anatómica y las relaciones entre el cuerpo humano y la cultura, a la exposición, a lo largo de dos capítulos de desigual extensión, de *Los orígenes del saber anatómico* y de *El cuerpo humano en la Grecia antigua: de Hornero, a Galeno*.

Desarrollando su idea de que el verdadero «saber» anatómico requiere el cumplimiento de una triple exigencia, teórica, sistemática y metódica, limita el autor los orígenes de ese «saber» al antiguo Egipto, la antigua China

y la India antigua. A lo largo de nueve páginas llega a la conclusión de que en ningún caso fue posible en ellos el nacimiento de una verdadera «ciencia anatómica», hecho que acontecerá en la antigua Grecia.

Tal será el tema del segundo capítulo de la obra. Subdividido en ocho apartados —casi centenar y medio de páginas— a través de ellos conoce el lector aquel largo proceso de siglos en el que el *epos* homérico, la filosofía presocrática, la medicina hipocrática, Platón, Aristóteles y los anatomistas alejandrinos, Galeno en fin, van siendo hitos fundamentales, para concluir con la exposición de cómo todo ello se expresa en la cultura griega.

La índole de esta recensión no permite explanar este capítulo como su importancia requeriría. Así ía originalidad y sistematización de las páginas dedicadas a la filosofía presocrática; así la exposición del cuerpo humano en la obra de Platón, modelo de fina disección antropológica entre el doble juego de *Fedón* y el *Timeo*. Así, sobre todo, con el estudio de Galeno, que supone —al margen de los precisos estudios previos de García Ballester— el primer tratamiento completo, sistemático y esclarecedor de la anatomofisiología del cuerpo humano en la obra del pergameno. Constituye este apartado un texto fundamental para cuantos en adelante pretendan adentrarse en el hasta ahora confuso bosque de este campo de investigación.

Concluye el libro un apartado que nos ofrece una visión sumamente original, y hasta ahora prácticamente inédita, de las actitudes en que los artistas plasmaron su visión del cuerpo humano, desde Micenas hasta la extinción del helenismo. El cuerpo como realización visible del animal humano, el cuerpo como manifestación de un Dios hominizado, el cuerpo como testimonio de la plena dignidad de ser hombre, el cuerpo, finalmente, como expresión de la pasión corporalizada. Desde los dibujos de las ánforas y los vasos dorios del

Dipylon ateniense, pasando por los restos jonios, por la representación de los dioses olímpicos —Fidias, Policeto, Praxíteles— hasta las figuras plenamente humanas de Escopas y Agorácrita, la estatuaría griega se une a la poesía de Simónides y Arfrón o del genial Píndaro, como testimonio de la expresión visible de la pujanza y perfección del cuerpo humano.

Un libro incitante y esclarecedor, en el que tan sólo cabe lamentar la falsa paginación de su índice, a remediar en futuras ediciones. Un libro erudito sin falsa erudición, documentado sin farragosa bibliografía, en el que los hombres que actualmente vuelven a mostrar interés por los problemas del cuerpo humano, deberán buscar, con modestia y con fruición, los venerables orígenes del saber anatómico, en su doble vertiente objetiva y fenomenológica; algo que volúmenes siguientes irán completando, para bien de cuantos seguimos pensando que, en tanto que hombres, nada concerniente a la realidad del hombre puede ser ajeno.

Albairracín Teulón

Las «Cartas americanas» de Valera cumplen un siglo

E

N 1888, la trayectoria de don Juan Valera como diplomático, iniciada en 1848 para ser agregado sin sueldo a las órdenes del duque de Rivas, había recorrido estas etapas: Nápoles, Lisboa, Bruselas, Río de Janeiro, Francfort, Washington. Mientras

transcurría esta última misión, dos hechos terribles alteraron la existencia de aquel andaluz distante que entraba en la madurez definitiva: la muerte de su hijo Carlos y el suicidio de Katherine Bayard, decepcionada por la frustración amorosa. Valera, aunque admirase a Goethe, no pudo seguir a esa muchacha en el impulso que expresa la *Elegía de Mariembar*, último fuego del germánico y que provocara una joven.

Las cartas de por entonces nos permiten conocer el estado de profunda inquietud del autor de *Pepita Jiménez*, a cuyos problemas íntimos se unía la conciencia de hallarse a la contra de la literatura predominante dentro y fuera de España. En 1887 había publicado *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, testimonio crítico, como de costumbre abundoso en ponderaciones, no sin fijar con firmeza su actitud frente a la marejada naturalista de doña Emilia Pardo-Bazán y de otras plumas.

Don Juan se nota cansado del alejamiento físico de la patria, si bien nunca perdiera de vista lo que cocíase en Madrid. Decide el retorno, porque, además, a sus sesenta y tres años, le incita entregarse a la faena de sólo escribir, gracias a la que espera recuperar' la comunicación con un público más numeroso que el de sus novelas.

PROPÓSITOS DE «CARTAS AMERICANAS»

El 27 de febrero de 1888, Valera inicia, en *El Imparcial*, la serie de *Cartas Americanas*, que, en la edición de Fuentes y Capdevila impresa en 1889, dedica a don Antonio Cánovas del Castillo, al que quiere y admira desde la juventud. Declara que el hecho de recibir, desde hace seis o siete años, libros que le llegan desde la América hispánica, es lo que mueve su voluntad de comentarlos sistemáticamente. Para Valera, la ruptura de la unidad política con los pueblos de raíz española no puede suponer

un desentendimiento de las creaciones literarias que abundan en esas tierras. Dice: «Para los circunspectos y juiciosos es resultado satisfactorio el reconocer que la literatura española e hispanoamericana son la misma». Hay que empeñarse en que los hilos no se quiebren. La América inglesa se infiltra en los territorios ya no sujetos a la Corona, y el influjo francés tampoco pierde baza. La Real Academia Española procura que la hegemonía cultural permanezca. Es preciso contribuir a esa obra aglutinante.

El mejor modo para que se verifique esa aproximación es la carta dirigida al autor de cada volumen analizado. Valera tiene de sobra acreditada su capacidad en el género de la epístola. Buena ocasión se le ofrece para confirmarla. Piensa que ese despliegue suyo servirá como documento para «la historia literaria de las Españas en el siglo presente».

Don Juan posee una clara idea de su menester y se dispone a cumplirlo de modo que sea útil para personas no eruditas. Lo que él llama *diablillo crítico* «no consiente que diga yo cuando escribo aquello que quiero decir, sino aquello que él quiero que yo diga; y lo más que logro, a veces, y esto es peor, es decir lo que él quiere y lo que yo quiero; de donde resulta, un algo como diálogo, más que discurso una verdadera sarta o ristra de antinomias, según las llaman ahora». Como se ve, juega sin trampa al autoexamen. Pero, aparte de esta cuestión de método, a Valera le resulta palmario que cunde el convencimiento de que todo está mal en España y la sospecha de que igual ocurrió durante las épocas pasadas. «Nada es bueno sino lo de París». La culpa de esta moda pesimista hay que achacarla a los *españoles elegantes*. ¿Cuál puede ser el remedio para aliviar esta atmósfera? Urge, a su juicio, «restablecer el sentido de los vocablos, y que toda alabanza valga lo que debe valer». Y añade: «importa asimismo no disimular los defectos».

REPERTORIO DE MATERIAS

Entre febrero y noviembre de 1888, Valera se ocupó de los siguientes asuntos: 'Sobre Víctor Hugo, El perfeccionismo absoluto, Poesía argentina, El Parnaso colombiano, El teatro en Chile y Azul. Glosemos algunas de las cuestiones surgidas a través de esta correspondencia pública. A José Rivas Groot y a un desconocido les dirige lo que estima réplica a quienes aseguran que él rebaja a Hugo. «No hay nadie que esté por encima de toda crítica», y, consecuentemente, el elogio al que llama *Góngora de nuestros días* ha de ir acompañado del reproche. El principal le emparenta con el cordobés, es decir, «los desatinos, extravagancias y perverso gusto». Don Juan, como Menéndez Pelayo y otros de aquel tiempo, libra del rechazo rotundo al Góngora que llaman popular. Con Víctor Hugo, por si fuera poco, llueve sobre mojado en vista del afrancesamiento de marras.

A *El perfeccionismo absoluto*, de Jesús Ceballos Dosamenta, le dedica tres cartas. Valera da su sí al progreso como ley cósmica. Lo que el autor sostiene es que hay en nuestro cuerpo un fluido inmortal y que flotan seres invisibles, con lo que la práctica espiritista es muy de recibo. Don Juan usa, atemporadamente, de la ironía, del *escéptico buen humor*. Lo empírico a secas le parece inaceptable. «No me explico su odio a lo sobrenatural. Nada más natural que el mismo Dios.» La teoría que fundamenta ese libro se resume en dos calificaciones: *pesimista y fantástica*.

Escribe sobre *Poesía argentina*, destinando sus artículos a Rafael Obligado y Enrique García Nerón. En ellos se repite su criterio de resistencia que provocan los vocablos *latina* y *latinidad*, aplicables a la América hispana y cuyo arraigo ha persistido. Le agrada notar las huellas de Núñez de Arce, Campoamor y, sobre todo, Bécquer. Afirma: «No niego la posibilidad de que los hispanoamericanos

nos superen; y si no deseo que nos adelanten, porque la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, deseo que nos igualem.» A propósito de *El Parnaso colombiano* (cien poetas) y de *El teatro en Chile*, el crítico, alegrándose de que en esos países sea manifiesta la continuidad literaria que procede del castellano, mezcla, con sumo tiento, las notas de un conocedor a fondo y del juicio que compromete. Destaca que el protector del teatro en Chile fue el gaditano liberal José Joaquín de Mora, y que Andrés Bello fue entusiasta de Bretón de los Herreros. Allí estuvo Rafael Calvo, intérprete fabuloso. Hasta 1777 no aparecieron mujeres en escena. Resulta curioso que el becquerianismo colombiano, arranque de una tradición prolongada, lo enjuicie Valera más positivamente que en otros textos suyos, así los que explayara en *El Contemporáneo*.

«AZUL» Y EL DESCUBRIMIENTO DE RUBÉN DARÍO

El 22 de octubre de 1888 es una fecha histórica, ya que corresponde a la primera carta que Valera dedicó al libro *Azul*, un folleto de 132 páginas. Por de pronto, el nombre y apellido del autor, «verdaderos o contrahechos o fingidos» le sugieren una jugosa mezcolanza: la judía y la persa. El título, con su aire victorhuguesco, estuvo en un tris de originar lo que hubiese sido lamentable: abstenerse de la lectura de aquellas páginas del joven poeta y prosista. «Creí que usted era un Víctor Huguito de tantos... El arte es azul, igual que puede ser negro, verde o rojo.» Afortunadamente, esta prevención sería superada y para convertirse en entusiasmos: «Ninguno de los volúmenes que me llegan de América han despertado en mí tan vivo interés.» Aunque del influjo francófilo no le cabe duda, y se hace a la idea, equivocándose, de que el autor había estudiado en París, cuando su límite viajero era Chile; ello



ii. Juan Valera.

no obsta a que el crítico le reconozca nada menos que una personalidad independiente. Y, de corrido, juzga que el lenguaje es español de buena ley. «*Usted es usted, ni romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni parnasiano.*»

Valera señala el estilo conciso, el concepto cabal del mundo visible y del espíritu. Nota que los pensamientos no son ni muy edificantes ni muy consoladores. La prosa le resulta más afrancesada que el verso, donde la forma es castiza. Hay un sentir pantheísta de la naturaleza, sed de lo eterno, como en *Anaghe*, que reproduce casi del todo. El realto que más le interesa es *La ninfa*.

Las claves de tan insólita aceptación se fundan en que Darío escribe a vuela pluma (o lo parece), no enseña nada y consigue que su obra sea la de un artista, esto es, «*de mero pasatiempo e imaginación*», lo que es compatible con el asomo de cuestiones trascendentales. La letanía rubeniana de *La canción de oro* trasluce pasión. Valera no olvida los consejos: «*Me gustaría que a la ilustración francesa se añadiese la inglesa, alemana, italiana y ¿por qué no?, la española.*» Le anima, pues, a que logre una atmósfera cosmopolita. Es indudable que el de Nicaragua siguió las advertencias de aquel ilustre anciano que, desde Cuesta de San Domingo, 3, se esforzaba por ser el atento intermediario entre

ambas orillas de la lengua española.

Valera ha topado con quien haría posible el desarrollo modernista, fermento de una nueva época. Su buen gusto no le engañaba. Pero existe otro motivo para que el señalador de la sorpresa disparase el elogio: que *Azul* se ajustara, en resumen, a la literatura defendida, a contracorriente, por este europeo sin papanatismo. Su horror a lo didáctico, a la ampulosidad, a lo pelma, le induce a algo muy semejante a la revancha. Intuyó que el futuro vendría de América. No tardarían en enceguecer sus ojos materiales, porque los otros siempre tuvieron luz.

A los cien años de distancia, resulta incontrovertible que el término *Latinoamérica* se impuso. El temor de Valera a que la ruptura cultural fuese irremediable no fue cumplido. Y a la poesía española volvieron, en los años sesenta, las auras modernistas que *Azul* anticipó.

Luis Jiménez Hartos

Los Rothschild y sus socios en España (1820-1850)

Alfonso de Ota/u

Prólogo de Gregorio Marañen y Bertrán de Lis, O. Hs. Ediciones, Madrid, 1987. 507 págs.



ALFONSO de Otazu nos informa, con su libro *Los Rothschild y sus socios en España*, de manera extensa y meticulosa, sobre el mundo de las inversiones financieras y de los hombres de negocios de la España isabelina. Este historiador, autor de libros entre los que destacan *El igualitarismo vasco* y *La burguesía revolucionaria vasca*, puede ser hoy considera-

do como el primer especialista en el estudio biográfico y prosopográfico de los hombres de negocios residentes en Madrid entre 1830 y 1850.

El libro de Otazu, que será en adelante referencia obligada de cualquier estudio de Historia económica del Madrid isabelino, se inscribe dentro de una nueva corriente historiográfica que hasta ahora ha producido espléndidas monografías sobre empresas y empresarios, del siglo xix y del primer tercio del siglo xx. En efecto, a diferencia de anteriores trabajos sobre sociedades anónimas y propietarios, de contenido principalmente enumerativo, ésta nueva corriente se caracteriza por una mayor precisión y calidad de las fuentes. Ahora no es suficiente la lista de accionistas, consejeros y capital social de una empresa. Por el contrario, se trata de conocer el volumen y estructura de las fortunas, las características y evolución de las operaciones financieras, el estudio de las inversiones y sus resultados, las conexiones personales y políticas de los implicados en un mismo negocio... Esta nueva forma de realizar estudios biográficos y prosopográficos se fundamenta en el uso de fuentes muy precisas. Mientras que aquellos primeros estudios sobre sociedades anónimas utilizaban fuentes externas (anuarios económicos, publicaciones periódicas de economía, memorias de sociedades) esta nueva corriente historiográfica utiliza preferentemente fuentes internas: correspondencia, documentación bancaria de operaciones financieras, documentación notarial, inventarios de fortunas...

El libro se divide en dos partes: «Los Rothschild en España» y «La burguesía madrileña de la década 1840-1850». Incluye unos interesantes Apéndices dedicados a relevantes hombres de negocios: Barcaíztegui, Moreno, Urquijo y Gavina. La primera parte del libro se centra en el entramado de relaciones financieras, comerciales y políticas que giraban en torno al representante de los Rothschild en España, Daniel Weisweiler, quien se configura como el auténtico protagonista de esta historia. Weis-

weiller es el hilo conductor que utiliza Otazu para guiarnos por el sinuoso y complejo mundo de los negocios de Madrid entre 1830 y 1850: las explotaciones mineras, las nuevas sociedades anónimas, las operaciones especulativas, el crédito al Estado, el negocio de la dote de la Infanta Luisa-Fernanda...

La segunda parte del libro tiene como objeto (más que la burguesía madrileña de los años cuarenta de la pasada centuria, según reza el subtítulo) la crisis política y económica de 1848. Crisis política que el régimen moderado de Naváez supo sortear y crisis económica de la que se libró el avisado financiero Weisweiller, a diferencia de otros muchos hombres de negocios de la época como Fagoaga, Salamanca, Buchenthal, José Safont y -Manuel Matheu entre otros.

Alfonso de Otazu ha seguido detenidamente la interesantísima correspondencia de los Rothschild con su representante en España, Daniel Weisweiller; ha trabajado en los Archivos Rothschild de París y ha obtenido informaciones bien interesantes y selectivas del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid y del Archivo del Banco Urquijo. Con este material y el apoyo bibliográfico, el autor intenta (y consigue) informar sobre las operaciones financieras de los Rothschild en España, que inicialmente se centraron en las minas de Almadén, con el propósito de alzarse con el monopolio mundial del mercurio. Pero los Rothschild y Weisweiller pronto se dieron cuenta de las posibilidades e influencia que podían derivarse de otro espléndido negocio: el préstamo directo al Tesoro Público. La Hacienda Pública española, desacreditada en los mercados financieros europeos, necesitaba urgentemente dinero durante la Guerra Carlista y obtuvo de los Rothschild un firme apoyo para la construcción del nuevo régimen liberal isabelino.

Sorprende, inicialmente, en el libro de Otazu la ausencia de una introducción y conclusiones. Lo cual despista un tanto a quienes estamos acostumbrados a practicar y a exigir la explicitación de los pro-

pósitos o intenciones de un libro. Pero conforme uno avanza en la lectura, resulta evidente que el objeto implícito del libro es contar-nos cómo pasaban las cosas, cómo se comportaban los protagonistas ante determinados estímulos o dificultades. La ausencia de una explicitación de la tesis central responde a una actitud carobarrojiana del autor. En otras palabras, Otazu ha pretendido dibujar, describir minuciosamente un panorama y a fe que lo consigue cumplidamente. El libro de Alfonso de Otazu es con seguridad lo contrario de aquellas monografías, hijas de esquemas ideales preconcebidos, que poseen una «gran tesis» explícita y escaso soporte positivo. Por el contrario Alfonso de Otazu, sin establecer conclusiones generales, aporta un apabullante aparato documental, realiza análisis, relaciones, asunciones y todo ello sazonado con una estupenda prosa y una pizca de buen humor que se agradece. Lo que falta en este libro son generalizaciones y comparaciones que a mi juicio se deben por ese propósito carobarrojiano del autor al que me he referido y también por el uso de una bibliografía, muy selecta y bien utilizada (en particular la obra de Gille sobre los Rothschild) pero que resulta algo corta por las importantes omisiones que se observan de recientes publicaciones de Historia económica y política.

En suma, *Los Rothschild y sus socios en España* es un espléndido libro que se encuentra a caballo entre la Historia económica y la Historia social, que atiende y se imbrica perfectamente con la evolución de los acontecimientos políticos; su lectura atenta y detenida requiere un cierto nivel de conocimientos previos y de interés por ésta parcela de la Historia económica y social. Pero no cabe duda de que, por su calidad y volumen de información, estamos ante un riguroso trabajo que interesará al especialista y a los lectores deseosos de conocer las actividades y las relaciones de la élite empresarial y financiera de la España de mediados del siglo pasado.

Guillermo Gortázar

Las no tan extrañas relaciones de deudores y acreedores

Carlos Marichal

Historia de la deuda externa de América Latina, Alianza Editorial. Madrid, 1988. 312págs. 2.400 ptas.

E

XISTE, en la actualidad, en la mayor parte de los países latinoamericanos, un extraño consenso acerca de los efectos perversos que supone el endeudamiento externo y de lo intrínsecamente malvada que es la conducta de algunos organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, el Club de París o el Banco Mundial. Existe también, en los mismos países, una tendencia a discutir acaloradamente sobre el tema de una deuda externa que alcanza cifras pavorosas y multimillonarias (próximas a los 350 mil millones de dólares), sin tomarse el tiempo necesario como para reflexionar acerca de ella.

Por ello, el libro de Carlos Marichal cuenta entre sus múltiples méritos con la ventaja de presentarnos una detallada historia de la deuda externa de América Latina, desde el mismo momento en que ésta comenzó a gestarse, es decir, prácticamente desde el instante en que las distintas repúblicas vieron la luz, tras dejar de ser colonias españolas. Pese a que se trata de una historia general, el libro es capaz de no presentar una visión única y adoce-nada, poniendo de relieve, por el contrario, los particularismos y los rasgos propios de los distintos casos nacionales. Si bien el autor distingue diversos ciclos económicos, en los cuales las economías de los países centrales se relacionan de un modo más intenso con la de los países ame-

ricanos, las respuestas de estos últimos han sido de lo más variadas, dependiendo de su capacidad de respuesta y del grado de apertura de su economía cara al exterior.

La presentación de los problemas a lo largo de la obra es ordenada, introduciendo primero la fase de la expansión, el tiempo en el cual el grito del dinero fácil y barato se abre, para pasar después a la debacle, a la contracción, al momento de la moratoria y de la recesión. De unas relaciones idílicas entre banqueros que prestan y gobiernos que piden, se pasa luego a unas complejas negociaciones, ásperas y broncas a veces, entre las mismas partes, donde unos y otros tratan permanentemente de poner la zancadilla al contrario. Los banqueros, en tanto tales, queriendo cobrar lo que se les debe; los deudores tratando de pagar lo menos posible y de obtener las mayores ventajas de la renegociación o de la amenaza de la suspensión de pagos. Y eso que cotidianamente, a nivel individual, nos parece totalmente lógico, alcanza dimensiones diferentes cuando interviene el elemento colectivo.

La obra se puede dividir en cuatro partes y una traca final. Cada una de las partes coincide con un ciclo completo de la larga historia de la deuda, y la traca final, como no podía ser de otra manera, con la «gran crisis» de los ochenta, la crisis de nuestros días. Ni bien independizados, los nuevos países requirieron dinero para hacer frente a una serie de gastos bélicos: guerras contra la metrópoli, primero, guerras civiles, después. Al mismo tiempo había que financiar a las burocracias y poner en marcha ciertas actividades económicas. Claro está que la especulación no se encontraba demasiado lejos. Las riquezas argentíferas de México y Potosí seguían guiñando sus ojos permanentemente a la vieja Europa y eran muchos los ahorristas y pequeños inversores europeos, muchos de ellos incautos, que podían ser encandilados (y timados) coa su fulgor. Sin

embargo, el primer ciclo fue breve y se cerró rápidamente. En 1825 se produjo la depresión y el Nuevo Mundo conoció la primera suspensión de pagos generalizada.

Luego hubo que esperar algún tiempo para que los inversores se mostraran nuevamente tentados a colocar sus dineros en América. Y así recomenzaron nuevos ciclos: el de mediados del siglo xix, con su fase expansiva de 1850 a 1873 y la crisis (la primera de ámbito mundial) de 1874 a 1880; el de los ochenta, que culminará con el gran pánico de la banca Baring en 1890 y el último ya en los albores de nuestro siglo, que artísticamente señala su apogeo en algunos países con una «danza de los millones» y finaliza dramáticamente con la depresión de los años 30.

A lo largo de toda la obra hay una pregunta que aparece una y otra vez: ¿contribuyó el capital externo, el endeudamiento, al crecimiento o al desarrollo económico de América Latina? Está claro que la respuesta no es fácil, y que permanentemente los argumentos estrictamente económicos se mezclan con los políticos. Como bien señala el autor, con esos capitales se crearon estados modernos, se construyeron ferrocarriles y puertos, se dotó a las distintas ciudades de una serie de equipamientos que las hicieron más vivibles, se mejoraron los transportes y las comunicaciones, se crearon muchos puestos de trabajo. Pero parecería que el precio pagado fue un aumento de la dependencia política y económica con respecto a los países centrales. Ahora bien, ¿cuáles eran las alternativas existentes en aquellos momentos, al alcance de los hombres de la época? ¿Se podía pensar en la existencia de fuentes locales de financiación, que funcionaran con precios competitivos? En determinadas circunstancias, como fue el caso de los agiotistas mexicanos, los prestamistas locales demostraron ser más voraces que sus colegas extranjeros.

Sin embargo, a lo largo de la obra de Marichal quedan de ma-

nifiesto las grandes contradicciones existentes entre los distintos países centrales, que alcanzaron su punto clave, por ejemplo, en los enfrentamientos entre los Estados Unidos y Gran Bretaña en las décadas de 1930 y 1940 y que hábilmente algunos países, como el Brasil supieron aprovechar para renegociar más eficazmente su deuda. O también se puede observar la violenta competencia entre los banqueros para ver quién se quedaba con los mejores negocios y la contratación de los mayores empréstitos. Y si bien en determinadas circunstancias los gobiernos acudían en auxilio de sus ciudadanos poseedores de bonos de la deuda latinoamericana, no siempre había una identidad de intereses entre las políticas exteriores de los gobiernos europeos y la de los particulares.

Está claro que si los países latinoamericanos se pudieron endeudar de tal manera, es porque se contaba con que las deudas podían ser pagadas. Y todo el esquema préstamos-deuda-pago de intereses se montó sobre el patrón del crecimiento del sector primario exportador. Es obvio que esto supuso un crecimiento desigual, y a veces escasamente armónico, de dichos países, pero ¿cuántos ejemplos de crecimientos armónicos se conocen a lo largo de la historia? La crisis del 30 va a cuestionar severamente dicho modelo y llevará al plarTEAMIENTO de políticas autárquicas, asentadas en la industrialización (llamada de sustitución de importaciones), que supondrá la canalización de importantes recursos del sector primario al secundario.

Otra pregunta de gran importancia, que se repite en diversas oportunidades, es la de quién se beneficiaba de los préstamos. La respuesta es bastante simple, aunque el autor trasciende el típico discurso dependentista con una hábil crítica al papel de las oligarquías: las clases propietarias latinoamericanas, los políticos locales (especialmente aquellos más corruptos) y los banqueros extranjeros, que utili-

zaban las finanzas estatales como un medio para promover intereses privados, enriquecerse personalmente y consolidar su poder. Sin embargo, no se suele prestar demasiada atención al problema de los encadenamientos hacia atrás y hacia adelante generados por las inversiones extranjeras. Esta pregunta se complementa con la de quiénes debían pagar la deuda, y otra vez la respuesta tiende a simplificarse; ahora es el conjunto de la población quien debe cargar con el peso de unos préstamos que sólo habrían beneficiado a una minoría.

En resumen, nos encontramos frente a un libro de gran importancia por la visión global, de larga duración y de alcance continental que presenta de la deuda externa latinoamericana, aunque por razones obvias no profundiza en cada caso, sino que se centra en aquellos casos más relevantes. Y si bien el análisis está limitado sólo a la deuda pública, los problemas del endeudamiento privado no quedan totalmente soslayados.

Carlos Malamud

La lucha contra el positivismo jurídico en la República de Weimar. La teoría constitucional de Rudolf Smend

Pablo Lucas Verdú

Colección Ventana Abierta.
Editorial Tecnos, S. A. Madrid,
1987.

EN el periodismo de entreguerras, la República de Weimar fue un paradigma de la cultura europea, pero también de los errores que condujeron al desas-

tre del nazismo. Los aciertos de su nueva Constitución la hicieron ejemplar para muchos doctrinarios del momento. Pero sus errores básicos, como el excesivo poder otorgado al *Reichspräsident* en circunstancias excepcionales y, sobre todo, el hecho de que, ante el pueblo germano, aparecía como el símbolo de un régimen impuesto tras su reciente derrota, impidieron que fuese amada por los alemanes. El positivismo jurídico dominante en todo aquel período hizo, además, que no tuvieran eficacia doctrinas tan renovadoras como la de la integración del profesor Smend, nacida de aplicar al Derecho Constitucional métodos de las Ciencias del Espíritu. El autor, partidario ferviente de Smend, expone aquí sus teorías e insiste en la necesidad de que la Constitución no sea rígida, sino permeable y vaya siendo completada, integrada, por una serie de hechos y procesos que, nacidos de la sociedad, la funden más y más con ésta. Es un libro sólido, indispensable ya en el tema.

Luis Horno Liria

La trascendencia del periodismo

Horacio Sáenz Guerrero

«Fuego sin sangre». Editorial
Planeta. 1988

LA servidumbre del periodismo —es cosa harto sabida— estriba en la fugacidad de la creación. Como servidor de la actualidad y glosador de la noticia, el periodista sabe que el artículo, la crónica, son bienes perecederos, materia fungible víctima del calendario. Sin llegar a interpretaciones tan pesimistas como la de Walter Lippman cuando aliviaba de preocupaciones a un redactor novel, a vueltas con el es-

tilo, asegurándole que el objeto de sus desvelos, una vez impreso serviría «para envolver pescado», no hay duda de que el destino condena al papel de periódico a misiones de envoltorio o, en el más noble de los casos, al ostracismo recoleto de las hemerotecas.

Por estas razones, hay que agradecer la aparición de este volumen, titulado «Fuego sin sangre», en el que se reúnen una serie de trabajos de Horacio Sáenz Guerrero, aparecidos en «La Vanguardia» de Barcelona. De entrada, advierto, para orientación del lector, que si el título aleja todo propósito sanguinario en el autor, en ningún caso se crea que el fuego al que alude el título se queda en salvas inofensivas con estrépito de artificio y nada más. En el libro se apunta, se dispara y se acierta en el blanco aunque el proyectil sea exclusivamente dialéctico. Las diferentes dianas (los temas) han sido extraídos de la actualidad más rabiosa, por rigurosa selección. El arma la aporta el buen oficio periodístico del autor y el tiro se dirige desde una posición bien asentada y con destacado sosiego, por un tirador rico en experiencias vitales y con un perrecho de cartuchos cargados de sentido crítico, de independencia personal y de sentido común.

Las dianas encajan en cada capítulo y, para la más cabal orientación del lector, se enuncian en un extracto de las noticias que sirve la actualidad y que dan pie a la glosa. Con lo cual, obvio es decir que lo trivial se alterna con lo patético, lo chocante con lo sorprendente, porque en esta selección temática recogida en el libro, nada que merezca la pena ha escapado del otear de este gran cazador de la información que es Horacio Sáenz Guerrero. Su libro es una evidente demostración de cómo hacer de la crónica un vehículo perfecto de ideas, sin una carrocería aparatosa, con sencillez y ausencia de ruido, sin perder nunca ni agilidad ni solidez. Porque si, al leerlas, se percibe de inmediato el estilo periodístico que las delinea.

también se capta la voluntad de trascender de la actualidad; y lo que en la forma se muestra ágil y ligero, en el fondo descubre la dureza y la resistencia de quien está seguro de que sus materiales literarios y testimoniales pueden soportar, más tarde, el peso de la Historia.

Esta es, precisamente, una de las claves de la importancia del libro: el que está escrito por alguien con una vivencia histórica fresca y presente; por alguien que ha vivido durante más de cuarenta años aprendiendo a discernir la fugaz de lo perenne, lo duradero de lo efímero. Tal es el privilegio de quien contempla el discurrir de la vida desde el ob-

servatorio de la Redacción de un gran rotativo, manera de distinguir entre la moda y la constancia, entre lo que pasará a la historia y lo que quedará en fogata de virutas.

Los temas que Horacio Sáenz Guerrero ha visto a través de su punto de mira son tan varios como el repertorio de información que se nos sirve como plato del día. En esta recopilación, está presente la reflexión sobre el terrorismo, la meditación acerca de los particularismos radicales, ya sean nacionalistas o racistas. Y tampoco se eluden los temas de siempre traídos por los fueros de la natalidad o por las nuevas luces de la eutanasia. A todos

ellos aplica el autor una visión crítica que desmonta tópicos, descubre hipocresías y debela actitudes acomodaticias, prestas a la aviesa aplicación de distintos raseros para el juicio de similares fenómenos.

La obra va avalada por un prólogo de Emilio Romero y un epílogo de Augusto Assía. Entre la aportación de estos dos grandes periodistas, quedan las páginas, densas de contenido y fluidas de lectura, que como muestra de un periodismo destinado a trascender, ha escrito Horacio Sáenz Guerrero.

Rafael Abella